

## Prólogo

A los cincuenta años de haber publicado mi primer libro de poemas, *Anillo de silencio*, vuelvo con un libro muy salvadoreño, tan salvadoreño como *Cenizas de Izalco* y con el agravante de ser santaneco, como diría Roque.

A veces, en mi caso raras veces, los libros que son más fáciles de escribir son los que más le satisfacen al autor.

*Luisa en el país de la realidad* nació con un aura privilegiada y una facilidad asombrosa.

Bud y yo estábamos viviendo en Deyá, un delicioso pueblito de pescadores en Mallorca, que queda entre las montañas y el mar y que Robert Graves lanzó a la fama.

No recuerdo el año. Ya para ese entonces había publicado unos cuantos libros de poemas, alguna novela corta y, por supuesto, *Cenizas de Izalco*.

Empecé como sonámbula a escribir viñetas de mi infancia y mi adolescencia en Santa Ana (“Luisa” es un libro fundamentalmente santaneco y por eso tan importante para mí). Después de escribirlas las guardaba en una gaveta, sin la menor intención de publicarlas. Eran trozos sueltos que no estaban destinados a servirme para una novela o ni siquiera para un cuento, pero me divertían y los guardé.

Cuando ya tenía algunos cuantos, decidí enseñárselos a Aurora, a Julio Cortázar y a Carol. Aurora, la primera mujer de Julio, tiene una casa en Deyá y cuando ella no la ocupa-

ba se las cedía a Julio y a Carol, última mujer del gran cronopio.

Los tres nos reíamos con las viñetas y ellos me alentaban a que siguiera adelante.

Recuerdo que Carol me escribió desde California, donde Julio dirigía un seminario, urgiéndome a que le enviara las nuevas viñetas de Luisa y que dejara de distraerme en otras tonterías. Así lo hice. El libro está dedicado a ella y sólo fue después de terminarlo y dedicárselo que me di cuenta de que el nombre de la protagonista, Luisa, y el nombre a quien está dedicado, Carol, virtualmente reproducían el nombre del autor de *Alicia en el país de las maravillas*, Lewis Carol. El título del libro, naturalmente, está inspirado en el del célebre autor inglés, pero lo otro, lo de Luisa y lo de Carol, es pura casualidad. ¿Existen las casualidades? Córdazar afirmaba que no.

Hubo otras cosas extrañas que son difíciles de explicar.

En el verano de 1994, por ejemplo, Bud y yo estuvimos en nuestra casa de Deyá, donde vivimos muchos años. Allí me puse a hurgar en un viejo arcón que contenía manuscritos, papeles olvidados, etcétera, para ver si valía la pena rescatar algo. Allí me encontré con un cuaderno que mi madre había guardado, con mis primeros poemas y algunos apuntes.

Lo hojeé despacio, sonriendo con nostalgia y asombrándome de tanta cursilería. No recordaba nada. De pronto me detuve ante un párrafo en que hablaba de la gitana, de cómo la gitana se me aparecía en sueños y me dictaba poemas. Sólo entonces me di cuenta de que la gitana que aparece en Luisa y que es el eje de este librito, con todas sus extravagancias y exabruptos, había sido un personaje principal en mi paisaje interior durante cincuenta años. Venía del subconsciente, de esa extraña frontera cuya franja más familiar

es el país de los sueños. Sólo en sueños recuerdo su cabellera abundante, sus ojos ligeramente extraviados, sus numerosas pulseras. Es feliz y nostálgica la gitana. Se me extravía, se me pierde. No recordaba que tan temprano hubiese surgido en mí.

¿Cuándo volvió a emerger después de que la perdí?

Sé que cuando empecé a tener hijos ella desapareció por muchos años y antes de irse me dijo “te has puesto boba, sólo de niños hablas, no me interesas más”.

Pienso que volvió cuando me dio por pintar. A pintar en sueños, por supuesto, pero igual cuando me fui de Mallorca para Nicaragua ya tenía acumuladas más de setenta telas, suficiente para una exposición.

Mientras el libro avanzaba pensé en escribir poemas que subrayaran las viñetas.

La idea poco a poco se trocó en necesidad y la necesidad también fue para mí fuente de inspiración, ya que muchas ocurrencias invadieron el mundo de mi conciencia.

“Luisa” es un libro de disgresiones, de realidad y sueños, de percepción y fantasía. En mi itinerario poético es el libro que más quiero.

Hace mucho que no viene la gitana a visitarme. Seguramente me he vuelto tonta irremediable. En uno de nuestros últimos encuentros le pregunté por qué se vestía con colores tan chillones.

“A lo mejor por nostalgia”, me dijo. Cuando tenía unos trece años, veía mi vida como una pompa de jabón iridescente. Una gran pompa de jabón. Pero todas estas muertes cotidianas, el peso de la rutina, el noticiero desaforado de las ocho, las pequeñas mezquindades, la fueron destiñendo poco a poco y ahora apenas le quedan unos cuantos destellos de arco iris.

Se hace larga tu ausencia, gitanilla. No importa que se haya oscurecido tu pompa de jabón y que con los años yo me haya vuelto sensata, lo que para ti es sinónimo de tonta.

Te necesito, ven. He perdido mi asombro y sólo tú eres capaz de revivirlo.

**Claribel Alegría**

## Wilf (1)

— No le digas a nadie, pero mañana me voy de aquí — le confió Wilf a Luisa después de la clase de gimnasia.

— ¿Dónde va? —le preguntó la niña que apenas tenía siete años.

— No sé todavía. Durante tres días debes guardar el secreto, luego puedes decírselo a tus padres.

Luisa empezó a hacer pucheros.

No, no te pongas así. Verás cómo nos volveremos a encontrar. Fíjate mucho en mí. Después de los cuarenta se cambia poco. Si algún día piensas que me has reconocido, acércate y dime: “Soy Luisa”, y mi corazón se va a abrir.

Wilf había llegado a Santa Ana hacía casi un año, recordó Luisa. Iba al Brasil contratado como profesor de filosofía en la Universidad de Sao Paulo, pero en el barco se enamoró de la tía Olga, que regresaba de Alemania después de dos años de estar estudiando allí.

Los santanecos nunca habían visto un tipo así. Dos semanas después de su llegada les dijo a los padres de Luisa que invitaran a algunos familiares y amigos para el próximo domingo porque les iba a recitar trozos del *Fausto* en alemán.

— Aquí la única que sabe alemán es la Olga —se defendió el padre de la niña.

— No importa —replicó él, y se presentó puntualmente a las nueve de la noche, vestido de *frac*.

El corredor, tal como lo había indicado, sólo estaba iluminado por luz de velas. Los familiares y amigos de la tía Olga se acomodaron en las sillas y Wilf, con paso ceremonioso, cabello alborotado y labios apretados se dirigió al atril, iluminado también por una vela.

Antes de que empezara a leer todos los oyentes, menos los padres de Luisa, estaban muertos de risa. Luisa lo escuchó fascinada desde un rinconcito y Wilf se fijó en ella y miró a la tía Olga con ojos de tristeza. Esa misma noche le ofreció a la niña darle clases de latín, griego y gimnasia. Sabía como veinte idiomas, pero nadie se lo creía hasta que un buen día un grupo de profesionales y hombres de negocios de Santa Ana decidió tomarle el pelo y organizaron un banquete en el Hotel Florida. Invitaron a un francés, a un gringo, a un alemán, a un italiano, a un cura, a un griego. Hasta a un turco invitaron. Cuando todavía no habían terminado el primer plato, cada uno le empezó a hablar a Wilf en su propio idioma y según contaba el padre de Luisa —sólo era de hombres el banquete—, después de que acabó de hablar con todos, empezó a dirigirse a cada uno en su idioma, pero no como se hablaba ahora, sino como en tiempos antiguos. Todos se quedaron lelos y desde entonces trataron a Wilf con más respeto, menos la tía Olga, que siempre lo dejaba plantado y empezó a salir con otro mucho más joven que conducía un auto de carrera y la llevaba los domingos a la Laguna de Coatepeque a pasear en su flamante lancha de motor.

## Soy puta, ¿estás contenta?

Cuando Luisa tenía diez años se le ocurrió a su madre que tenía que aprender a jugar tenis. Tres veces por semana, a las cinco de la tarde, iba al parque Modelo, donde se encontraba la única cancha. La acompañaba Carlitos, hijo de los mejores amigos de sus padres y además vecino desde hacía muchos años.

Carlitos era bastante mayor que Luisa, comulgaba todos los domingos, era el mejor alumno de su clase y tenía la cara cubierta de granos. Invariablemente antes de salir, la madre de Luisa le decía: “Cuidala mucho, que no olvide la raqueta, acuérdate que es muy ateperatada, y no se entretengan en ninguna parte. A las seis en punto los quiero aquí”.

Una tarde, después de haber jugado más de una hora, regresaban los dos sudorosos y en silencio, cuando de pronto Luisa se detuvo ante una puerta que estaba siempre abierta. Tenía una cortina de cuentas de colores que impedía ver el interior.

— ¿Qué haces? —dijo Carlitos.

— Nada. Es la única puerta que he visto con una cortina así.

— Es una casa de putas.

— No digas malas palabras —lo retó Luisa y empezó a separar las hileras de cuentas.

— Si no vienes te acusaré —dijo Carlitos empezando a caminar.

Luisa titubeó. Puta era una mala palabra, eran mujeres malas. Un ligero temblor la sacudió y justo entonces la cortina se abrió.

— Qué querés? —dijo con voz agria una mujer vestida de rosa.

El corazón de Luisa cambió de ritmo.

— Si no te apuras me voy —dijo Carlitos desde la esquina.

— Nada —dijo Luisa—, es que me gusta su cortina.

— Andate y dejá de molestar.

— ¿Usted es mala? —dijo Luisa sintiendo que las piernas le temblaban.

— Soy puta, ¿estás contenta?

— Te acusaré con tu padre —gritó Carlitos.

— ¿Puedo ver cómo es su casa? —dijo Luisa.

— No hay nada que ver —dijo la mujer, abriendo más la cortina.

Luisa se introdujo despacito y repasó con los ojos la habitación. Un olor acre a desinfectante la invadía. Sobre el catre, un cristo plateado miraba hacia el suelo. Colgadas de la pared había estampas de santos y sobre una repisa, el retrato de un niño con un vaso de flores artificiales.

— ¿Satisfecha? —dijo la mujer, en el mismo tono agrio.

— Si fuera mala no tendría tantos santos en la pared —dijo la niña.

La mujer se echó a reír.

— ¿Quién te ha dicho que las putas somos malas?



Luisa guardó silencio.

— ¿Querés un caramelo?

Luisa afirmó con la cabeza.

La mujer se encaminó hacia el armario pintado de azul y sacó un bote de caramelos.

— Tomá —dijo.

Luisa cogió uno.

— Cogé más.

— Quiero ser tu amiga —dijo la niña mientras cogía tres caramelos más.

La mujer sonrió.

— Es mejor que te vayas —dijo, poniendo los caramelos sobre la mesa de noche pintada también de azul. Su voz ya no era agria y miraba a Luisa con ternura.

— ¿Cuántos años tenés? —preguntó.

— Diez.

— Aquel niño que ves allá —dijo señalando la repisa—, tendría doce ahora. Se me murió de disentería.

Luisa sintió ganas de abrazarla pero se contuvo.

— Andate ya —dijo la mujer, poniéndole una mano sobre el hombro—, mejor no le digás a tu mamá que has estado aquí.

Carlitos aún estaba en la esquina esperándola.

— Qué tonta eres —dijo—, esa mujer es una puta y las putas son malas.

— El malo eres tú —dijo Luisa, y empezó a correr hacia su casa.